

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La Palabra de Dios, fuente de vida abundante –
Meditaciones acerca del Sal. 119:17-32 (parte 2)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**La Palabra de Dios, fuente de vida abundante –
Meditaciones acerca del Sal. 119:17-32 (parte 2)
(12 días)**

Día 1

Sal. 119:17-24; 13:6

El salmista comienza este párrafo del Sal. 119 con tres pedidos: “*Haz bien a tu siervo; que viva, y guarde tu palabra. Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley. Forastero soy yo en la tierra; no encubras de mí tus mandamientos.*” Él se dirige directamente a Dios y expresa sus pedidos.

Su primer pedido es: “Haz bien a tu siervo”, dame cosas buenas porque soy tu servidor, dame todo lo que necesito. El salmista pide entrañablemente a su Dios, darle lo que necesita para una vida correcta y llena de propósito. En esto se determina como siervo señalando su dependencia total de Dios. De Él, su maestro, necesita instrucciones para estar firme en las exigencias de la vida cotidiana y agradecerle al Señor. Como siervo fiel de su Dios, el desconocido salmista está en la misma posición como Moisés, Josué, Samuel, David, Daniel, Jacobo, Pablo y Timoteo. Para todos ellos la total dependencia de Dios y de Su Palabra era la característica decisiva de su aprobado servicio. Sus necesidades expresaban en ruegos concretos delante de Dios.

¿Expresa una u otra de estos pedidos también el deseo de nuestro corazón? (Lea 2.S. 7:29; Sal. 31:16; 86:16.17; 90:16; 119:122; Hch. 4:29.) La conducta de aquel que vive en tal profunda dependencia de Dios no queda escondida de los demás.

El rey babilónico Nabucodonozor delante de la puerta del horno de fuego tiene que exclamar: “Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid.” Después de esa experiencia tan dramática Nabucodonozor solo puede humillarse ante Dios y reconocerle como tal. (Lea Dn. 3:24-4:3.)

Día 2

Sal. 119:17; Is. 64:4

El salmista ruega a Dios: “Haz bien a tu siervo; que viva.” Las bondades de Dios son su vida, medicina curativa para su alma. En la Biblia se describe estos beneficios de Dios en distintas facetas. David, el siervo de Dios, intenta describir la bondad de Dios: “Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes ...; ¡cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas. Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abrevarás del torrente de tus delicias” (según Sal. 36:5-8). ¿Acaso no son grandes beneficios? Jesús mismo nos hace saber: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10).

¡Para nosotros no ha preparado menos! ¡Podemos servirnos de Su abundancia! Jesús en Jn. 10 se presenta como el buen pastor. Él no actúa como un ladrón que viene solamente para robar. Él quiere regalarnos sus riquezas. Le importamos mucho, por eso nos ofrece vida abundante.

Pablo comparte con la iglesia en Corinto sus experiencias con las bondades de Dios: “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra” (2.Co. 9:8).

Eso aun no es suficiente. A la iglesia en Éfeso presenta la grandiosa riqueza que Él

mismo ha experimentado. Le abre a los creyentes, la mirada de las inmerecidas bondades de Dios en la vida de aquel que se entrega a Él, a Su disposición. “Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros.” (Lea Ef. 3:1-21; Fil. 4:19.)

Día 3

Sal. 119:17; Dt. 4:39.40

El salmista agrega a su primer pedido una importante declaración: ¡Yo quiero guardar tu palabra! La Palabra de Dios, la Biblia, es el manual más importante que nos da orientación y guía para nuestra vida. “Puedo abrirme a la Palabra, escuchar la suave voz del Espíritu Santo, que me da orientación y dirección al comienzo del día, para los pasos que tengo por delante. Si yo escucho, habla Dios. Sólo Él puede informarme de lo importante y nuevo en forma fresca y darme una visión más allá de mi pequeño mundo” (H. Steinacker). Solo por el conocimiento de Su Palabra puedo reconocerlo y experimentar Su poder protector.

Teresa de Ávila (1515-1582) testifica: “Pienso que, si hubiera entendido entonces, como ahora, como este gran Rey realmente habita en este pequeño palacio de mi alma, no lo tendría que haber dejado solo tan a menudo... Pero tendría que haberme quedado con El y nunca haber permitido que su lugar de habitación se ensucie tanto”.

Aquel que guarda la Palabra de Dios, es guardado por ella. Dios promete a Su pueblo de Israel: “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt. 7:9; comp. Éx. 20:6; Sal. 19:7-11).

Aquel que se ocupa de la Palabra de Dios y vive de acuerdo a ella, crecerá más y más en la libertad de los hijos de Dios. Así lo ha prometido el Señor: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ... De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (Jn. 8:31.32.51; lea Ap. 3:8).

Día 4

Sal. 119:18; Ef. 1:18-20

En su segundo pedido el salmista expresa su deseo: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley.” Ante Dios uno debe cerrar los ojos en oración, para que Él nos los pueda abrir para lo esencial.

“Así aprendí a valorar la Biblia: El libro de comunicación de Dios que me promete dar Su gran amor no solamente por escrito, sino también fortalece mi confianza en las promesas de Dios. También me aprueba, confirma, arraiga y al mismo tiempo me advierte cuando voy por propios y necios caminos, siguiendo ofertas falsas” (H. Steinacker). Dios quiere abrir nuestros ojos para los efectos de Su Palabra.

Una mujer que por primera vez estaba haciendo una joya, se sintió muy tocada pensando en el obrar de Dios con los hombres. “Me emocionaba de que manera la masa de plata tomaba la forma del molde. Después del primer secado se usaba la lima. Cuánto más trabajaba con la plata, tanto más hermoso era y tomaba la forma entre mis manos. En este momento pensaba en Dios. Si yo me entusiasmo tanto con mi colgante, cuánto más Dios se alegrará de los que “se cuelgan” de Él, de Sus seguidores. ¡Con cuánto cuidado usa Dios la lima! En mi vida utiliza muchas veces Su Palabra, la Biblia. Ella trabaja con mis “esquinas”,

durezas y asperezas, limándolas.

Por ejemplo: si estoy pensando en forma negativa, la Palabra dice: Derrama tu corazón delante de mí. O, si no quiero perdonar y me aferro a mi razón, Su Palabra dice: No permitas en tu vida que la amargura crezca. Si tengo temor del futuro, me dice la Palabra de Dios: Yo estoy contigo todos los días hasta el fin del mundo” (A. Marsch; comp. Sal. 62:4-8; He. 12:14.15).

La Palabra de Dios habla concretamente a nuestra vida. ¡Cuánto cuidado de parte de Dios, qué milagro!

Día 5

Sal. 119:19.20.131; Is. 26:9a

“Forastero soy yo en la tierra; no encubras de mí tus mandamientos.” Con esta tercera petición el salmista se dirige una vez más a Dios, como si quisiera decir con Asaf: “¿A quien tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25). Es el ardiente anhelo de su corazón tener esa íntima comunión con Dios, una profunda relación personal. (Lea Sal. 63:1-8.)

El salmista sabe que la gente en su alrededor lo trata como extranjero. Él se aferra a su Dios pues nadie más le puede aconsejar bien y mostrarle el camino correcto. Él indaga hasta lo más profundo la Palabra de Dios y experimenta poder divino para andar en la huella marcada por el Señor, a pesar de ataques y reproches, difamaciones y humillaciones. Aunque haya contrariedades y calumnias de parte de sus contemporáneos, a pesar de ofensas y enemistades por altos oficiales del gobierno, él se mantiene firme, buscando orientación de la Palabra de Dios para poder vivir como a Dios le agrade. El salmista no se deja impresionar por los “grandes” del mundo. El Señor y Su Palabra son la medida para su actuar. Esto le anima y le fortalece en sus días difíciles, llenos de pruebas y tentaciones, así que confiadamente puede decir: “Tus testimonios son mis delicias y mis consejeros” (v.24).

¿Qué valor le damos a la Palabra de Dios en la vida cotidiana? ¿Dónde buscamos orientación si somos desafiados a aclarar nuestra posición o tomar decisiones? Jeremías testifica en tiempo problemático: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí” (Jer. 15:16; lea Sal. 119:47.72;97).

Día 6

Sal. 119:19; 39:12

Al declararse forastero, el salmista sabe que el tiempo de su vida está limitado, que no se puede plantar firmemente en esta tierra, sino que vive en el mundo como un huésped. Con esto se refiere a la poca duración de la vida. Este mundo no será para siempre su patria.

Moisés se ocupaba con pensamientos parecidos. Él compara la vida con ejemplos de la naturaleza mostrando así la corta duración. Él ora en el Sal. 90: “Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, ... son como el día de ayer, que pasó, ... Los arrebatas como con torrente de aguas; son como sueño, como la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca” (v.3-6). (Lea Sal. 102:11; 103:15.16.)

Job, que se nos presenta como hombre sincero y que vivía con reverencia delante de Dios, experimenta la corta duración de la vida en su propio cuerpo y en su familia. Él dice: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es

cortado, y huye como la sombra y no permanece” (Job 14:1.2).

De *Abraham* leemos que vivía como forastero en la tierra prometida como en tierra extraña. Él “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10). Por nuestro Señor Jesucristo, todos aquellos que han confiado en Él y viven con Él, ya no son extranjeros. Él los ha integrado a la iglesia, la “casa” de Dios que permanece eternamente, en Su reino incorruptible.

Pablo abre a la iglesia en Éfeso la visión escribiendo: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef. 2:19). Por medio de Jesús nos fue ofrecido este nuevo estatus: Ef. 2:4-8.

Día 7

Sal. 119:25-32; 113:5-8

Aunque el salmista se aferra a la Palabra de Dios, expresa que se siente humillado hasta el suelo: “Abatida hasta el polvo está mi alma.” Se debe haber sentido desvalorizado, inútil y oprimido en su interior, envuelto en tinieblas, sin un rayo de luz. Pero él no se entierra en pensamientos negativos y destructivos, ni se queda derribado en el suelo. Nuevamente se extiende a la Palabra de Dios, que como fuente refrescante lo renueve. En nuestro salmo, él pide muchas veces esa renovación; lo podemos leer en los versículos: 25.37.40.88.107.154. 156.159. Muchas veces viene esa reanimación por la Palabra de Dios.

A veces experimentamos también la bondadosa intervención en una situación difícil. ¿Cuántas veces nos ha animado, consolado y renovado una Palabra del Señor en la vida cotidiana?

Como si hubiera acontecido hoy, nos acordamos de la noticia conmovedora del accidente fatal de una hermana joven de 32 años. A pesar del mucho tráfico en la mano contraria, un conductor pasó al anterior y chocó de frente a ella. De un momento a otro se apagó una vida joven y prometedor. Estuvimos muy consternados. Había muchas preguntas que al momento no tenían respuestas. ¿Cómo puede permitir el Señor tal cosa? ¿Acaso no hubiera podido evitar el choque? En medio del dolor Jesús mismo se acercó con Su respuesta inesperada, que acallaron todas las cuestiones. En su devocional ella había marcado a la mañana de ese mismo día las palabras “es el Señor”. Al lado escribió lo que Dios dijo a Moisés: “Sube a mi al monte y espera allá” (Éx. 24:12a). De esta manera llegó consuelo y paz a los corazones inquietos. (Lea Sal. 23:3; 66:12; 94:19; 138:7.)

Día 8

Sal. 37:5; 119:26

El salmista se dirige a Dios diciendo: “Te he manifestado mis caminos.” Se nota que él habla con gran apertura con Dios. Con toda confianza le manifiesta su vida a Dios. Nada encubre delante de Él, sabiendo que le conoce enteramente. Sus alegrías y sus sufrimientos comparte con Dios con la convicción: Dios oye y me responderá. En Sal. 62:8 se nos recomienda derramar nuestro corazón delante de Dios. Él está atento y tiene Sus oídos abiertos, y está dispuesto a perdonar si hemos errado el camino. Él se acerca a nosotros con Su amor y cuidado pastoral. De esta manera trató y corrigió a Pedro, después de haberle negado tres veces. Con la pregunta: Pedro “¿me amas?” le abre al fracasado una nueva perspectiva para su vida, a que este, profundamente conmovido, pueda contestar: “Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo.” (Lea Jn. 21:15-17.)

También le puedo contar a Jesús lo que me aflige: crítica hiriente, una evaluación falsa e injusta, artimañas corruptas que como creyente no puedo compartir y las intrigas malignas entre colegas que traen tanto malestar. Si mi corazón duele y sangra, se lo puedo decir, Él entiende las preocupaciones y anhelos de mi vida, sin palabras. Él me escucha sin lugar a dudas. (Lea Sal. 55:22; 138:3; 1.P.5:7.)

El profeta Elías, después del tremendo enfrentamiento con Acab y la amenaza de muerte de parte de Jezabel, está totalmente agotado y acabado. Solo quiere morir y huye al desierto: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy mejor que mis padres.” Pero Dios no deja al desesperado a su destino. De manera amorosa se ocupa de él, lo pone nuevamente sobre sus pies y lo comisiona de nuevo. (Lea 1.R. 19:1-18.)

Día 9

Sal. 119:27.28

“Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas.” El salmista sabía que Dios siempre le prepara nuevas lecciones. Estas no las quería perder. Con confianza esperaba la manifestación visible de los milagros de Dios. El Señor contestaba dándole sabiduría al tratar con los problemas.

“Nosotros preguntamos repetidas veces: ‘¿Cómo salgo de esta situación difícil?’ Deberíamos preguntar mejor: ‘¿Qué puedo aprender de esta experiencia?’ En épocas complicadas necesitamos la sabiduría de Dios, pues si no el sufrimiento sería una oportunidad perdida” (W. Wiersbe). Es importante no quedar pegado en los problemas y aflicciones. Si nos tomáramos tiempo para estudiar la Palabra de Dios, nos abriría Él los ojos para ver Su grandeza y Su intervención milagrosa. De esto podemos leer en Jos. 6:1-21 o también en 2.R. 6:8-23. Lea usted acerca de estos acontecimientos.

Casi se nos retiene la respiración al ver como Dios actúa en distintas maneras a favor de aquellos que ponen su confianza en Él y obedecen Su Palabra. Aun en situaciones menos dramáticas los ejemplos de la vida de personajes bíblicos nos pueden ayudar a contar con la grandeza y el poder de Dios. Podemos confiar completamente en Él, no ha menguado Su poder. Un “imposible” no existe para Él. (Lea Gn. 18:14a; Job 42:2; Jer. 32:17.)

La mirada del salmista pasa por encima de las dificultades enfocando los milagros de Dios. David describe su experiencia con Dios de la siguiente manera: “Has aumentado, oh Jehová Dios mío, tus maravillas; y tus pensamientos para con nosotros, no es posible contarlos ante ti. Si yo anunciare y hablare de ellos, no pueden ser enumerados” (Sal. 40:5).

Día 10

Sal. 119:29.30; 139:23.24

El autor del Sal. 119 no es un hombre poco confiable o sin determinación. Él se ha decidido por Dios y sus mandamientos. En esto se mantiene fielmente (v.27.30.32), y con la misma claridad desecha cada camino torcido de mentira (v.29). Él se pone del lado de Dios y le pide que le haga entender Sus mandamientos y que aparte de él el camino de la mentira. El salmista sabe muy bien que necesita la ayuda de Dios. La Palabra de Dios es para él como una calle con señales de Su verdad: semáforos de Sus ordenanzas y barreras de costado de Sus mandamientos y flechas que marcan la dirección de Sus preceptos. El salmista rechaza conscientemente el camino de mentira. Él no utiliza medias verdades o trucos. Él no busca excusas que parezcan aceptables. Para nada quiere torcer o falsificar o

cubrir alguna cuestión. Con toda conciencia se ha decidido ir por el camino recto: “Escogí el camino de la verdad, he puesto tus juicios delante de mí.”

Elegir un camino así no es la casualidad de sus pensamientos. Su decisión se parece a una elección bien meditada y determinada, una decisión de corazón. No llegamos a este camino por casualidad. Vez tras vez se nos desafía aferrarnos al camino de la verdad y fidelidad frente a Dios.

José eligió conscientemente este camino. Cuando la esposa de Potifar lo quería seducir al adulterio, se negó y aclaró su posición: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9b; lea Mal. 2:6; Ef. 4:25; 6:14)

“El camino de la verdad he elegido, aunque el enemigo me pone muchas trampas. No miraré ni a la derecha ni a la izquierda para salir del camino. Ayúdame, Señor, en la lucha y ayúdame a vencer” (B.Hechtle)

Día 11

Sal. 119:31; Gá. 5:1

Después que el salmista se decidió conscientemente a seguir al Señor con fidelidad, afirma su postura con otra aclaración de su voluntad: “Me he apegado a tus testimonios.” Seguramente conocía las palabras con las que Moisés había exhortado seriamente a Israel. Moisés reclamó al pueblo: “Los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, ... para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, ... todos los días de tu vida, para que tus días sean prolongados. Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis” (Dt. 6:1-3).

Las últimas palabras de David a su hijo Salomón contienen instrucciones importantes para su camino: “Esfuézate, y sé hombre. Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas” (1.R. 2:2.3).

Por muchos años Salomón atendió estas instrucciones. Dios le regaló una enorme inteligencia, gran conocimiento y profundo entendimiento. Por mucho tiempo Dios le dio su bendición hasta que el rey se inclinó más al amor a sus mujeres paganas que a los estatutos de Dios: “Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David” (1.R. 11:4).

En aquel tiempo como también hoy, hay muchos peligros amenazantes en nuestro camino de la vida. Podemos pedir igualmente como el salmista: “Oh Jehová, no me avergüences.” (Lea Dn. 3:18; Hch. 4:19.20; Sal. 103:17.18.)

Día 12

Sal. 119:32; 2.S. 22:37

“Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón.” Con esta perspectiva el salmista se pone de camino. No se deja retener por ataques de enemigos, sino persigue su camino con firmeza. Aquí podemos acordarnos de Nehemías. Después de muchos ataques e intrigas de los enemigos o las sutiles ofertas de sus oponentes, que intentaron obstaculizar la edificación del muro alrededor de Jerusalén o de detenerla, los

israelitas celebraron la dedicación con una grandiosa fiesta. Nehemías lo describe como sigue: “Sacrificaron aquel día numerosas víctimas, y se regocijaron, porque Dios los había recreado con grande contentamiento; se alegraron también las mujeres y los niños; y el alborozo de Jerusalén fue oído desde lejos” (Lea Neh. 12:27-43.)

El que se aferra a los mandamientos de Dios también en tiempos difíciles, pertenece al grupo de aquellos cuyo corazón se ensancha generosamente. Asaf experimentó la controversia con aquellos que viven sin Dios. Él se dio cuenta de que vivían felices y despreocupados, fuertes y sanos, burlándose de Dios y viviendo sin ningún problema. Si él miraba su propia vida, casi desmayaba en esa situación. ¿Acaso su postura temerosa de Dios resultó en vano? Habiendo llegado al final del conflicto comenta cómo se le esclareció: “Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos.” Como resultado de este tiempo crítico, Asaf puede testificar: “Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas sus obras.” (Lea Sal. 73:1-28.)